
Los cuarenta: seductora ciudad

Emma Yanes

Espacio compartido

“Desde Tenochtitlan, —dice Salvador Novo en 1938— ha sido el destino de la ciudad de México sobrevivir a costa de transformarse”.¹ La ciudad es un espacio compartido. Su arquitectura, distribución, calles y vías son espejo de la historia del país. Es sede de los que añoran la colonia (Coyoacan); de los liberales (la Roma con sus nombres nacionales: Mérida, San Luis Potosí, Aguascalientes); de porfiristas (la Doctores, la Juárez paradójicamente extranjerizante: París, Versalles, Liverpool); de proletarios (Peralvillo, Balbuena, la Obrera, la Merced). La ciudad conserva lo viejo, se adapta a lo nuevo, sobrevive. Crece y en su afán por convertirse en metrópoli no pone límite a su expansión. En su cotidianeidad hay un juego de democracia (en ella cabemos todos) y de autoritarismo (manda y pone las reglas de convivencia el gobierno).

En el crecimiento de la ciudad se genera la confianza en el progreso del país. Ya se sabe: las principales batallas de la guerra civil tuvieron como escenario la provincia. El Distrito Federal fue sólo testigo de la Decena Trágica y la inolvidable carestía y hambre de 1915. La revolución trajo la provincia al centro: el territorio a conquistar. Se pelea en la provincia: se gana en la capital. Dos herencias del porfiriatto: presidencialismo y centralismo. Ningún

gobernante posrevolucionario —de Carranza a Miguel Alemán— es oriundo del Distrito Federal: toman la casa ajena, se instalan en ella como lo hacen los agraristas en las haciendas. Ni quien los mueva. Desde aquí ponen y quitan gobernadores a su antojo. En la constitución se plasman las conquistas populares. Abran cancha: se quiere vivir en el espacio geográfico del poder, en una ciudad grandota, a la medida de la revolución mexicana. De los años veinte a mediados de siglo se concentra en la metrópoli no sólo el poder político, también el económico: obra pública e inversión industrial para la capital. Esos son los antecedentes de nuestra explosión urbana.

A principios de los años veinte se inicia el despegue económico. La ciudad empieza en el centro y tiene como frontera la colonia de los Doctores, la Obrera, Nonoalco, Buenavista, la Morelos. Los trabajadores viven cerca de sus fábricas. Laboran en los ferrocarriles, la industria textil, la del tabaco, o son artesanos con talleres propios. Las fábricas se concentran en Nonoalco y la Obrera. El gobierno pone a la venta lotes cercanos a esas zonas para fomentar la creación de las colonias proletarias. Claudio Bernal es un canal que trae agua desde Xochimilco; Niño Perdido y José T. Cuéllar también son canales. A la Villa de Guadalupe, Tlalpan, Coyoacan y Xochimilco se llega en tranvía, toda una aventura de domingo. Los

ricos vacacionan en Tlalpan y Coyoacan. La radio apenas se inicia.² El box, el baile y los toros son la atracción popular. Se busca olvidar el hambre y la miseria que trajo consigo la guerra. La nueva generación, jóvenes y niños que padecieron el hambre de 1915, se preocupan ahora por conservar el empleo, tener un terrenito, vestir decorosamente y divertirse.³

Lo que se inicia en los veinte, en los años treinta toma cuerpo. Aparecen los créditos habitacionales. La Dirección de Pensiones Civiles de Retiro facilita a burócratas y empleados de gobierno el medio de hacerse su casa y pagarla "como renta".⁴ Los bancos hipotecarios hacen su agosto.

El aumento del índice de natalidad, el crecimiento del turismo, el negocio con el valor del suelo, la concentración de oficinas de gobierno y de industrias en la capital provocan una fiebre de construcción urbana. Aparecen los primeros grandes hoteles: el Reforma y el Del Prado. Los caudillos constatan su triunfo abrumador sobre el porfirismo en los aplastantes monumentos de la Revolución y de la Raza, concreción de sus sueños de grandeza.⁵ Hay una convivencia arquitectónica no excluyente de iglesias, palacios porfirianos, casas particulares, vecindades, edificios y departamentos, que dan origen a una ciudad anárquica o plural, si se prefiere. Las diversiones que se inician casi de manera espontánea en los años veinte cuentan ahora con espacios propios no improvisados: salones de baile y arenas. Todo tiene ya reglas y será motivo de concurso.⁶

Para los años cuarenta la ciudad tiene aproximadamente tres millones de habitantes. El sexenio de Miguel Alemán es la etapa del "espectáculo del crecimiento". El modesto edificio de la Lotería Nacional (en cuya azotea ocurre una de las escenas más célebres de *Nosotros los pobres*) es el más alto, luego le siguen las Torres de Reforma (un edificio de departamentos junto al hoy Cine Diana). No se sueña aún con la Torre Latinoamericana. Se cree en la capital como centro del progreso. Ríos entubados, nuevas colonias, escuelas, estadios, universidades (en 1948 se inaugura CU), conjuntos habitacionales para burócratas (los edificios Juárez y

Miguel Alemán) y la vida nocturna le dan al DF la categoría de metrópoli. El estado paternalista y emprendedor promueve el crecimiento de nuevas colonias: la Petrolera (Atzacapozalco), Nueva Industrial (la Villa), la del Periodista, Prohogar, etc. En 1943 se constituye Nacional Financiera: apoyo a la industria de la transformación y del acero. Se instalan en los alrededores de la ciudad de México. Aparecen nuevos centros de atracción laboral en los pueblos cercanos: Naucalpan, Xalostoc, Tlalnepantla. La obra pública y social (Normal de Maestros, Politécnico, Ciudad Universitaria, Seguro Social, etc.) atrae multitudes. Luz, agua, drenaje, vías de comunicación.⁷ Los medios de información se masifican: del fonógrafo de los años veinte se pasa al radio, de éste a la televisión que arranca en México en 1950 con el canal cuatro (dos mil quinientos aparatos vendidos de los diez que autorizó la Secretaría de Economía para su importación). Y en 1947 se instala el primer teléfono público en la Alameda.

En los cuarenta el Distrito Federal será el eje de la vida económica y política del país, reflejo de un nuevo proyecto nacional basado en la industrialización.

Espacio compartido pero no tanto

Entre seis y diez personas viven en los cuartitos de vecindad. Recuerda la señora Lupe González:

Muy pocas viviendas tenían puerta, se utilizaban cortinas hasta el suelo y trancas de madera. Luego venía un patio donde estaban los baños comunes y a la vuelta otra vez un pasillo de tierra y viviendas junto. La vecindad daba hasta la otra calle. En la azotea estaban los tendedores y algunos lavaderos, no eran suficientes para tantísima vieja y empezaban los pleitos. Mi casa era un solo cuarto: teníamos una mesa, dos catres, una cama matrimonial, un estante, una estufa de petróleo y ya. ¡Ah!, pegada al

cuerto estaba la azotehuela: ahí había un gallo, dos gallinas, y el excusado que le regaló mi padrastro a mi mamá el día de su aniversario. Yo vivía con ellos y sus seis hijos.⁸

En el otro extremo Las Lomas: sala de estar, comedor, recibidor, recámaras amplias con baño incluido, cocina, biblioteca, cuarto de juegos, jardín, alberca, etc. En medio; los nuevos departamentos de oficinistas, burócratas y comerciantes, de una clase media que se expande a partir de los años treinta. En los cuarenta Tacubaya, Coyoacán y Las Lomas ya forman parte de la ciudad. Acapulco y Cuernavaca son los nuevos centros vacacionales.

Un grito premonitorio que nadie escucha

En 1941 el semanario *La Nación*, del PAN, critica a la fábrica de Cementos Tolteca ubicada en San Pedro de los Pinos —hoy ya clausurada—, por su alto índice contaminante. En 1958 se realiza el primer simposio de empresarios, trabajadores y gobierno, preocupados por el crecimiento desorbitado de la ciudad. Ya todo está unido con todo. Pero entonces no se toma ninguna medida para evitar lo que hoy se conoce como ozono y caos.⁹

El apantalle

El espacio compartido está fuera de casa. Hay un uso común de la ciudad, sus calles y sus diversiones. Existen cabarets y centros nocturnos para ricos y para pobres. En todas las diversiones: el box, los toros, el cine y el teatro, hay jerarquías: gradas, lunetas, palcos, lugares reservados. La excepción: la lucha libre, deporte democrático por excelencia donde Gori Guerrero, Tarzán López, Sugi y el Santo satisfacen la necesidad de morbo y sangre de todo público.¹⁰

También en la prostitución hay jerarquías. Las mujeres para los políticos las controla “la

Bandida” en la colonia Roma, son extranjeras (sobre todo francesas) y niñas de la alta sociedad que “ejercían por curiosar”. Para los ricos existen casas en La Condesa y la Cuauhtémoc. Para los proletarios, la Candelaria y la Guerrero. Se ponen de moda los hoteles de paso y las “casas chicas” de los políticos que “casi siempre quedaban en la colonia del Valle”. En todos los cabarets y tugurios existe el sistema de “ficheo”: se gana más entre más bebe el cliente. Las “paradas” de categoría están sobre Insurgentes, las “no tan buenas” sobre San Juan de Letrán, los trabajadores las consiguen en la Merced y la calle Libertad. A las putas no se les dice putas: son “señoras de la vida galante”, “mariposas”, “ficheras”, “paradas”, “pollistas” y “palomas”. El que “desquinta” paga doble.¹¹ El ejercicio del sexo tiene nombres y tarifas: bailar cuesta tanto, de cachetito otro tanto, de barrilito más, llevarla a la mesa otra lana. En la vida nocturna el lenguaje cursi e idílico de Agustín Lara no existe, queda sólo como telón de fondo en la cinematografía (*Distinto Amanecer*, *Aventura*, *Víctimas del pecado*, etc.). Cojer no se dice cojer sino “sonarse el nabo” o “echarse un paleacate”. Se pone de moda y es lo más caro el “estilo francés”: el “noventa y nueve”, “come de mi taco”, “tocada de trompeta” y “bajarse a mamey”, son los nombres para el sexo oral; “carretera egipcia” y “por denier”, son los nombres para los que gustan del pequeño.¹² Comenta un guardaespaldas de Miguel Alemán:

No cualquier “mariposa” se aventaba “al francés”, para eso se necesitaba experiencia, clase, y aunque no lo crea: elegancia. Tenían que saber “bajarse”: no luego luego, sino después de un beso en la boca, una frase linda o caricias en la espalda. No nos gustaban vulgares y grotescas. El “estilo francés” se puso de moda primero entre los políticos, con la Bandida, o al salir del Tip-top y el Waikiki. Muchas copiaban ese estilo, pero burdo, mal hecho. Lo digo por experiencia; yo de putas sí sé. En los barrios y en San Juan de Letrán había mucha “polla”, muchas “palomitas” de pro-

vincia que venían “a perder” aquí y tardaban su tiempo en saber “mover la licuadora” y otras gracias. Para eso existe el padrote, les enseña y las protege. El que tiene pelo en pecho tiene buen ganado en el rancho.¹³

Los salones de baile: El Colonia, Los Angeles y El México, hacen historia. Del danzón cerrado se pasa al floreado, del charlestón al mambo de Pérez Prado que cobra fama internacional. Luces de neón, cabarets y salones de baile permiten el anonimato y el olvido de la jornada de trabajo. Son la prestación social por excelencia. Dice Vicente Fernández “El Alegría”, hijo de un zapatista y uno de los mejores danzoneros de mediados de siglo.

Los grandes bailarines eran Pilar Torres, Apolinar Ramos, Ventura Miranda, Ramón Mario Ortiz. Vestían con pantalón de tiro alto y tirantes; camisas con guata, chaleco corto de tres botones; saco de pato y zapatos de cuero volteado. Ropa exclusivísima. Yo todavía no podía vestir como ellos, pero ya había dejado atrás mi ropa de manta. Trabajaba como lechugero en el mercado Jamaica. Los grandes se mantenían de las mujeres, qué iban a ser obreros y empleados, a volar. Les decían “Caifanes”. Eran mis ídolos. Apolinar Ramos era un tipazo, el dedo chiquito del Salón México, el consentido: ellos lo vestían y le conseguían artistas de cine para que bailara. Uno la podía hacer fuera del trabajo. Yo poco a poco me fui haciendo más ducho, mejor bailarín. Mi primer traje lo compré en Tepito: me costó cuatro pesos, lo que ganaba en un mes. Compré también tres camisas “Zaga” y un par de zapatos de catego: dos tonos. Cuando se empieza a tener éxito sobran las mujeres. Las que querían se sentaban frente a tí —con las piernas entreabiertas para que vieras su panorama y el fajo de billetes en el liguero. En una ocasión una dama abrió su paisaje y me dijo: Esto es para un pendejo que no me entiende. Ya se imaginará usted. Yo no me aventaba tan fácil

porque en esos tiempos eran muy comunes las enfermedades venéreas y no existía o no era conocida la penicilina.¹⁴

En los años cuarenta el número de obreros aumentó considerablemente pero nadie soñaba con serlo. Dice Don Felipe, mecánico:

Mis mejores cuates: El Tortas, El Sábanas, Chavita. La escuela la fuimos dejando poco a poco. Por ahí de 1946 los menos soñadores, los que tenían los pies en la tierra, le tiraban a ser obreros, cuando mucho ayudantes de mecánico, pero eso no daba nombre, se veía mal. Los chingones, como nosotros, le tirábamos a boxeadores (como el Kid Azteca); toreros (como Manolete, Gaona); *cuicos* (los tiras que cuidan la entrada de las putitas a los hoteles); *padrotes*; *pachucos* (como Tabaquito, el de Tongolele); *conejos* (o sea rateros como el Manos de Seda o la Lulu a los que no se les iba uno), y hasta hombres malvados como el Goyo Cárdenas que enterró a no sé cuántas en el jardín de su casa.¹⁵

Lo importante es figurar: ser respetado en el barrio o salir en las páginas de los periódicos aunque se trate de la roja. El reventón es hacia afuera. La vida familiar es todavía patriarcal y autoritaria.

Los gestos del poder

Miguel Alemán, el “cachorro de la revolución”, es el primer presidente civil. Con él se inicia la etapa de los licenciados, adiós a los generales. Para ser hombre del presidente se necesita ser egresado en derecho o compañero de banca del afortunado. Después del periodo de unidad nacional que vivió México durante el gobierno de Manuel Avila Camacho (1940-1946), el régimen cobró confianza en sí mismo. El Partido de la Revolución Mexicana se transforma en el Partido Revolucionario Institucional. La primera credencial es para el nuevo presidente.

Se mide por centímetro cuadrado el apoyo y el consenso del nuevo partido: kiosco, árboles y bancas del zócalo son derribadas para formar una amplia esplanada.¹⁶

Miguel Alemán se celebra y se canta a sí mismo. Los obreros afiliados a la CTM lo llaman "el obrero de la patria". En 1948, en la inauguración de Ciudad Universitaria, se destapa la estatua de piedra del presidente, homenaje en vida y a mitad de su sexenio. Miguel Alemán se llama el viaducto, la primera unidad habitacional para burócratas, varias presas y el malecón de Acapulco. En 1950 el suyo será el primer informe de gobierno que pasa por televisión.¹⁷ Es el amo y señor de la ciudad que crece a sus pies y que terminará por asfixiarnos.

Ciudad hostil

En octubre de 1950 estalla la huelga de Nueva Rosita en Coahuila, en demanda de aumento salarial y mejores condiciones de trabajo. La falta de resolución de sus demandas lleva a los mineros —confiados como todos en que la resolución política de los conflictos nacionales está en la capital— a una larga marcha al Distrito que se conoce como "La caravana del hambre". En marzo de 1951 ésta se instala en Indios Verdes, a la entrada de la ciudad de México. Luego marchan hacia el zócalo. La esperanza: ver al presidente. Señala Mario Gil:

Obreros, intelectuales, artistas, todo el pueblo de la capital estuvo representado. Al llegar al Monumento a la Revolución la caravana hizo alto y rindió homenaje a los héroes de 1910. Al pasar frente al hotel Del Prado los turistas les arrojaron flores, serpentinas, confeti, los obreros agradecían aquellas muestras de simpatía levantando de vez en cuando la mano. En la Avenida Juárez y en Madero los metropolitanos aclamaron a los carabineros: ¡Vivan los mineros de Nueva Rosita! En el Zócalo una multitud enorme los espe-

raba. Con el brazo en alto mostraban su credencial de obreros mineros, se mantenían firmes dejando que los metropolitanos demandasen justicia para ellos. Pero los balcones de Palacio Nacional estaban desiertos".¹⁸

El presidente no recibió a los trabajadores. Habían tomado su zócalo. Ordenó el traslado de los mineros al deportivo 18 de marzo donde pasaron una semana encerrados y custodiados por el ejército. Luego los regresaron en tren a Coahuila.

Ciudad hostil para los que no están de acuerdo con las medidas tomadas por el gobierno. Otro ejemplo: la represión a ferrocarrileros y petroleros en las calles de la ciudad (1948) por exigir la independencia de sus sindicatos nacionales frente al Estado.¹⁹

Nosotros los malos

En la nota roja de la época: secuestros, suicidios, narcotráfico y anécdotas escalofriantes. Recuerden: los gansters y el narco neoyorkino remiten a la grandilocuencia de los Estados Unidos; los distinguidos asesinos franceses, a una burguesía europea todavía con pretensiones aristocráticas. Así, la nota roja de los cuarenta, en lugar de manchar la reputación de la capital, le ayuda a conseguir el título de metrópoli.

Debemos a Eduardo Téllez Vargas, reportero de policía de los periódicos *El Día* y *El Universal*, la reseña del asesinato de Trotsky en 1940; de la violación y asesinatos que hicieron célebre al Goyo Cárdenas, "el estrangulador de Tacuba" en 1942; del asalto a la mansión porfiriana de los hermanos Villar y muerte de dos de ellos en 1945, así como la crónica de la aparición del "Gambusino", célebre seductor de turistas norteamericanas a las que conquistaba en el hotel Del Prado para después violarlas en Río Frío (1949), de la muerte de Blanca Estela Pavón "La Chorreada", en 1949; del encarcelamiento de Tony Spino, guardaespaldas de políticos, el primero en tejer una red

de narcotráfico a través de la venta de mariguana en cajetillas de cigarros; o de la descripción de la personalidad de Bernabé Jurado, “El abogado del diablo” y su exitosa defensa de los hombres más temidos. Decía: “Señores, soy abogado, estudié para serlo, y no me voy a meter a defender monjas por la simple y sencilla razón de que ellas no cometen delitos”.²⁰

Crímenes premeditados, suicidios, violaciones, narcotráfico. Un nuevo personaje: el guardaespaldas (hoy “guarura”), relacionado con todo tipo de excesos. Urgía abandonar en todos los planos las anécdotas pueblerinas para inscribirse en las aventuras de la gran metrópoli.

Los que llegaron para irse

Durante la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos concentraron su aparato productivo en la industria bélica. Los programas de braceros México-Norteamérica facilitaron la salida de obreros y campesinos. Fueron miles (según testimonio gráfico de Los Mayo) los que se concentraron en las afueras de la Secretaría de Gobernación en busca del permiso de migración. El motivo: crisis agrícola y mejores salarios. La ciudad de México también fue punto de partida para el norte.²¹

Que la abundancia se note

Se cree, a pesar de la crisis agraria, que el país va hacia el progreso. La obra pública en la ciudad deja constancia de la omnipotencia y grandeza del estado. Que se note: ya no somos un país agrícola. Que se note que tenemos ricos muy ricos. Aparece el estilo colonial-californiano; a los de Las Lomas les da por llenar sus casas de mármol. Juegan golf en el Country Club, premian la belleza de sus mujeres en los bailes de Blanco y Negro. Visten como ingleses y se pasean por la Avenida Reforma en sus Mercedes y Packards. Son los abuelos y los hijos y los nietos de las familias Braniff, Sánchez Navarro, Escandón, Rincón Gallardo, en-

tre otras. Se vale ostentar. Van a bautizos, quinceaños, bodas y funerales. Salen fotografiados en las páginas de sociales de *El Heraldo de México* que apareció por esas fechas.²²

El culto por la ropa —sombreros con ala volteada, polainas, sacos largos, chaleco, camisas de cuello duro, zapatos de piel de cocodrilo, etc.— se hace extensivo a los sectores populares. Los obreros no visten de overol después del trabajo. Recuerda un ferrocarrilero:

Llegando de la chamba lo primero que hacía era irme al vapor para que se me quitara lo chorreado, el olor al riel. Claro que me gustaba mi trabajo, pero no era para tanto. La mezclilla la usaban los pobres, todos queríamos llegarle al trajecito, a los zapatos de charol.

Ser decente es vestirse bien. Los obreros van a las manifestaciones —de protesta o de apoyo al régimen— con sombrero y corbata para que el gobierno no crea que trata con miserables (Véanse las fotos de Casasola y los Hermanos Mayo).

El México de la abundancia se proyecta a nivel internacional con los rostros varoniles de Pedro Infante, Jorge Negrete, Pedro Armendáriz; la belleza de Dolores del Río y María Félix y la buenura de Tongolele y Ninón Sevilla. En 1951 aparece el concurso de Miss México. La heroína: Ana Berta Lepe, que llegó a las finales de Miss Universo.

Los intelectuales se la creen

La capital es el espacio de convivencia de artistas, escritores, cineastas, pintores, músicos y poetas. Miguel Alemán inaugura el Conservatorio Nacional (Tamayo dirige la Sinfónica). Se crea el Banco Cinematográfico. Se funda el Instituto Nacional de Bellas Artes (Carlos Chávez como director). Se abre la temporada de la Academia de Danza con José Limón. Diego Rivera, Tamayo y Orozco cotizan su obra en el extranjero (cinco mil dólares en promedio).²³ Octavio Paz publica *Libertad bajo palabra*, *El*

laberinto de la soledad, ¿Aguila o sol? Juan José Arreola *Varia Invención*. Alfonso Reyes *Junta de sombras*. Daniel Cosío Villegas *Extremos de América*. Fernando Benítez inicia el suplemento *La Cultura en México*. José Luis Martínez *Literatura Mexicana del siglo XX*. José Revueltas *Los muros del agua*, *Luto humano*, *Los días terrenales*. Salvador Novo estrena *La culta dama*. Luis Buñuel filma *Los olvidados*. Ismael Rodríguez *Nosotros los po-*

bres y Ustedes los ricos. El Indio Fernández *María Candelaria*, *Salón México*, *Maclovía*, entre otras.²⁴

En 1937 Efraín Huerta le declara su odio a la ciudad en un largo poema. Primera herida moral al optimismo urbano.

Así, la ciudad de México a mediados de siglo es al mismo tiempo acogedora, paternalista, nocturna, masiva, apantalladora, omnipotente, agresiva, hostil y desde luego: seductora.

Notas

¹ Salvador Novo, *Antología*, México, Ed. Porrúa, 1966, p. 110.

² "Salón Colonia", *Diva*, 1985.

³ *Idem*.

⁴ Salvador Novo, *op. cit.*

⁵ *Idem*.

⁶ "El puño de oro", *La Cultura en México*, agosto 1983.

⁷ Blanca Torres Ramírez, *México en la Segunda Guerra Mundial*, México, Ed. El Colegio de México, 1979.

⁸ "Una historia oral de la Guerrero", *La Cultura en México*, octubre 1981.

⁹ *La Nación*, junio 1941; *iEl Nacional!*, diciembre 1958.

¹⁰ Carlos Monsiváis, *Amor perdido*, México, Ed. Era, 1977, p. 283.

¹¹ Entrevista al Sr. Francisco González, inédita, marzo 1986.

¹² *Idem*.

¹³ *Idem*.

¹⁴ "Salón Colonia", *Diva*, noviembre 1985.

¹⁵ "Los cuarenta: cada quien en su esquina", *Encuentro*, febrero 1984.

¹⁶ Luis Medina, *Del cardenismo al avilacamachismo*, México, Ed. El Colegio de México, 1978.

¹⁷ Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán*, México, Ed. Patria, pp. 521-523.

¹⁸ Mario Gil, *Los ferrocarrileros*, México, Ed. Extemporáneos, 1971.

¹⁹ Varios autores, *Historia del movimiento obrero*, Puebla, UAP, tomos I-III, 1964.

²⁰ José Ramón Garmabella, *Reportero de policía*, México, Ed. Océano, 1982.

²¹ Blanca Torres R., *op. cit.*

²² Carlos Monsiváis, *op. cit.*, p. 161.

²³ Salvador Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán*.

²⁴ José Emilio Pacheco, Introducción a *La vida en México en el periodo presidencial...*



El lago y el Castillo de Chapultepec.